

Respuesta a
Garrigues Walker

SOBRE LA INCAPACIDAD POLITICA DE LOS ESPAÑOLES

El punto de máximo interés en el escrito de A. Garrigues, que publica el número 6 de la revista, radica, para mí, en la firma, precisamente. Parece que se tiende hoy a identificar a los diversos miembros de la familia Garrigues con «una cierta» derecha, que incluye desde luego a abundantes personas, a las que E. Haro hábilmente designa en su preludio de la página 4 como «de calidad». Para muchos españoles —de ese setenta y tantos por ciento que no hicieron la guerra—, la familia Garrigues cuenta con dos generaciones conocidas en política, aunque la realidad sea muy otra: la familia Garrigues no es, en absoluto, una advenediza a la política nacional. Jiménez de Asúa (en un libro bonaerense de 1942), hace una instantánea bastante cruel de los miembros de la misma en los primeros años 30. Sin entrar ni salir en la justeza de sus definiciones (por eso suprimo los adjetivos), pero para contribuir a situar a la «dramatis personae», me parece muy informativo recordar algo del pasado familiar que es, siempre, una connotación imprescindible para el estudio de toda clase de dinastías; así, siguiendo a Jiménez de Asúa, resulta haber un padre —el abuelo—, monárquico; un hermano mayor —Joaquín, el tío—, que se presenta como apolítico y cultiva «la amistad personal de José Antonio Primo de Rivera»; otro hermano —Antonio, el padre; «Antoñito», en el texto—, «pronto converso al republicanismo»; mientras que, a juicio del jurista que escribía estas **Anécdotas de las Constituyentes**, «los restantes hermanos figuraban en varias ideologías políticas», radicalizándose, a medida que

se descendía en la escala de la edad, hacia la izquierda.

Viene todo esto a cuento de que, a pesar de una historia tan variada y de las numerosas declaraciones de los Garrigues actuales acerca de sus discrepancias de varia monta, parece que en los medios de información circula un «arquetipo Garrigues», formado —aunque no únicamente— con partes iguales de «kennedysmo», visión «gerencial» de la convivencia y clara voluntad de protagonismo personal. Y eso —sea o no cierto, es innegable que el dato se maneja por ahí, «funciona» casi autónomamente— es importante a la hora de juzgar sobre el artículo-conferencia de A. Garrigues Walker. Acaso la revista debió hacer un breve apunte biográfico en este sentido.

El director de TIEMPO DE HISTORIA nos precave, en todo caso, acerca de ciertas opiniones contenidas en el texto, invitando (e incitando) un poco a la apertura de un debate. Prescindiendo de cuestiones menores, me siento obligado a discrepar en tres puntos principales con A. Garrigues.

La primera discrepancia se ciementa en la lectura de una serie de obras (nada misteriosas ni desconocidas) de antropólogos e historiadores de reconocida solvencia (todos ellos, por supuesto, posteriores al conde de Gobineau). Y consiste en no admitir como cierto el que nuestras supuestas incapacidades colectivas para la política (algo así como los «demonios familiares», creo entender) existan —si es que existen— por causa de «factores étnicos» de ninguna clase, ni menos como efecto de la «estratificación de muchas razas». Probablemente haya habido en nuestra historia una mezcla notabilísima de lo que habitualmente llamamos «culturas» diferentes; y que ese proceso de aculturación ha dado (como en otros países del mundo) un resultado específico en España, es innegable. Pero de eso a «las razas» hay un largo trecho. ¿Raza «ibera»? ¿Raza «goda»? ¿Raza «mora» o «árabe»? ¿Raza «judía»? Sobre que eso no son —en ningún caso— «razas» habrá que recordar que tampoco las «razas» (tan difíciles de definir) conllevan in-

trínsecamente anejos ni comportamientos particulares ni connotaciones psicológicas: eso lo dan un sinnúmero de factores, que van desde el medio geográfico y climático hasta el modo de producción de la sociedad en que el grupo vive, así como los contactos, las exportaciones, importaciones y contaminaciones que el grupo humano protagoniza respecto de otros más o menos lejanos. Esto parece una especie de «abc» de la Historia que se hace, una vez más, necesario recordar para no echar, como algunos manuales escolares, en la cuenta de «la raza» lo que es producto de múltiples concausas de muy variado tipo.

Por otra parte me parece recordar que en Portugal hubo de todo lo que aquí; y si en Yugoslavia o Grecia no tuvieron «moros», tuvieron Imperio Otomano con cierto abundamiento. Pero lo más curioso de todo es que cuando los países hispánicos alcanzaron su cénit histórico (cada cual en su momento), incluyendo en el cénit las prácticas que entonces podrían tenerse como «democráticas», ya habían pasado por ellos todas las «razas» que tenían que pasar. Y eran —digamos— la mar de «homologables».

La segunda discrepancia sigue siendo de orden histórico y científico, aunque por referirse a un tema mucho más próximo apenas necesitaré razonar para que sea, si no admitida, sí comprendida: creo que resulta falso lo de que «entre todos» (sic) hayamos creado un clima «de histerismo, de superficialidad, de confusión, de irresponsabilidad». Si ese **todos** designa a los **españoles**, habrá que recordar —otro recordatorio— que los climas, en las sociedades, los crean habitualmente las clases sociales dominantes, con su demostradísimo control del proceso de producción y de sus medios, lo que acarrea consecuencias obvias. Nadie niega que otros planos de la realidad —el social, el ideológico— se ven muy condicionados por el económico; ni tampoco, desde luego, que las clases y grupos no dominantes tienen ciertas oportunidades de influir en el concierto total. Pero parece obvio que en esa responsabilidad de «todos» habría que proceder a

un reparto equitativo de las cuotas correspondientes a cada clase, a cada grupo; para que la cosa resultase justa y objetiva. A título de ejemplo: no parecería muy cierto afirmar que, en los últimos cien años de historia española, los obreros de toda especie (a pesar de ser la inmensa mayoría de la población) hayan creado «climas» perdurables y dominantes en la sociedad peninsular. Es muy dueño A. Garrigues de echarnos las culpas a «todos». Ya es más difícil que consiga convencernos de la justicia de esa imputación.

El planteamiento global del escrito me ha producido (no sé si es un efecto calculado o no) la sensación de que A. Garrigues piensa que poco más o menos «estamos donde estábamos», cuando personalmente creo que sólo unos pocos «están donde estuvieron». Eso es —entre otras cosas— olvidar las estadísticas, tanto del INE cuanto de «Ruedo Ibérico», demostrativas todas de los profundísimos cambios que ha habido en la sociedad española, incluidos los niveles de conciencia o ideológicos. Con esos planteamientos previos resulta fatal el tener que concluir en que España necesita «todavía» (¡qué tremendo «todavía»!) «una educación política profunda y generalizada». Nunca está de más, naturalmente. Y cuanto más profunda sea, mejor. Pero sabido es que la conciencia universal ha definido, desde fines del siglo XVIII, al ejercicio político en una serie de textos y «Declaraciones» de general conocimiento de los que, entre otras cosas, acaba uno aprendiendo que la educación política únicamente se adquiere con la práctica de dicho ejercicio. No parece que haya ya mucho que discutir sobre el tema. Todos sabemos que el «catón» empieza por esas despectivamente tildadas de «formales» libertades democráticas con cuya ausencia se provocan autodidactismos, heterodoxias y (seamos eufemísticos) hambrunas de ser persona. Pero de eso no somos «todos» responsables, ni mucho menos. Y si lo de responsables se usa en sentido de «culpables», entonces, en absoluto.

Por último: la crítica interna

del trabajo de A. Garrigues revela, más explícitamente aun que el propio autor, el encuadramiento político de éste. Uno de los bandos en discusión cree que el pueblo español está «mal dotado» para la democracia, entre otras causas por las de la envidia, el extremismo, la superficialidad y el individualismo (página 5); los defensores de esta tesis son partidarios, «como es lógico», de regímenes autoritarios, recogiendo la herencia del despotismo ilustrado (páginas 5 y 6). Garrigues acaba diciendo (página 18) que cree en un pueblo español efectivamente poco dotado para la acción y la participación (sic) política por causas que, entre otras, incluyen «el individualismo, la pereza y la envidia». Es decir, casi literalmente, el diagnóstico emitido por los partidarios de los regímenes autoritarios.

Yo me pregunto si basta con que A. Garrigues manifieste su creencia de que forma parte del grupo «evolucionista» para que tal cosa sea tenida como cierta, cuando él mismo define al comienzo del artículo cuál es la opción política derivada de un diagnóstico como el que termina las páginas que firma. Y cuando llama «piruetas democráticas» a todas las soluciones democráticas no paternalistas (o sea: democráticas), exceptuando tan sólo al proceso de «educación política profunda y generalizada», que recuerda tan de cerca —por su ingenuismo y su arcaísmo— al «todo para el pueblo, pero sin el pueblo», ya que, evidentemente, no puede autoeducarse quien no está educado, según los planteamientos de A. Garrigues. No veo, pues, lógica ninguna en la pretensión del autor de excluirse (página 6, párrafo 3) sin duda de entre quienes aparecen como herederos del despotismo ilustrado.

En esta tesitura no puede admitirse su acusación a todos los españoles porque el país no haya podido acceder a ese género de convivencia (evidentemente malo pero mejor que ninguno de los restantes) al que en los libros en donde hemos podido estudiarlo en todas sus variantes se otorga el nombre (tan viejo como de 2.500 años) de democracia. ■ G. FATAS.



EDUARDO DE GUZMÁN, PREMIO INTERNACIONAL DE PRENSA

Eduardo de Guzmán —colaborador habitual de TIEMPO DE HISTORIA— ha obtenido recientemente el Premio Internacional de Prensa, que se concede en Niza durante el transcurso del Festival Internacional del Libro. Su obra «El año de la victoria» (Editorial Gregorio del Toro, Madrid, 1974) consiguió el acuerdo favorable de un Jurado formado por representantes de siete de las más prestigiosas revistas del mundo: «L'Espresso» (Italia), «Le Nouvel Observateur» (Francia), «The Observer» (Inglaterra), «Tagesanzeiger-Magazin» (Suiza), «Nin» (Yugoslavia), «Newsweek» (Estados Unidos) y «Triunfo» (España), semanario que había propuesto el libro de Eduardo de Guzmán.

El reconocimiento internacional de la valía de «El año de la victoria» consagra el esfuerzo de un escritor como Eduardo de Guzmán, que se vio durante muchos años postergado a trabajos de pura supervivencia. La salida al público de «El año de la victoria» o «1930, historia política de un año decisivo», han supuesto para el lector español el descubrimiento de la valía de un escritor y periodista hasta entonces casi desconocido.

De Eduardo de Guzmán hemos publicado en TIEMPO DE HISTORIA «Ifni, un territorio del Sahara mucho tiempo olvidado» (número 1), «1930: Tránsito de la Dictadura a la República. Un discurso que hizo caer un trono» y «Revisión de la CNT» (número 4), y «Significación del 1.º de mayo. La huelga general de 1886 en Chicago» (número 6).